



LOS MÚSICOS DE BREMEN

Hace muchos años en una aldea, vivía un burro tan viejo, tan viejo que ya no podía cargar un grano de cereal sobre su lomo. Su dueño no lo quería más porque no le servía para su trabajo y el burro (que no era ningún burro) se dio cuenta y decidió escapar para salvar sus orejas. Caminó. Primero sin rumbo y luego se orientó hacia Bremen, pensando que allí podría ser músico. Cuando estaba bien lejos se encontró con un perro de caza. Tan viejo, tan viejo, que ya no tenía fuerzas ni para mover la cola.

–¿Qué te pasa, pichicho?
–¡Es que mi dueño no me quiere! ¡Ya no puedo correr ni a una tortuga y antes de que no me dé un hueso para comer, me escapé! -dijo el perro.

–También hui para salvar mis orejas ¿Por qué no viajamos juntos? -le propuso el burro.

–¿Hacia dónde vas?

–A Bremen. Allí seremos músicos.

El perro contento dijo guau y hacia allá fueron.

Caminaron y caminaron hasta que escucharon unos maullidos.

–¿Qué te sucede, minino? -preguntó el burro.

–Estoy triste -dijo el gato.

–¿Qué tenés? -preguntó el perro.

–¡Tristeza! Miau, miau -dijo llorando el gatito-. Mi dueña no me da leche porque



ya no cazo ratones, estoy muy viejo para perseguirlos por toda la casa y antes de perder los bigotes preferí escapar.

–¡Igual que nosotros! -dijeron a coro el burro y el perro-. ¿Por qué no te nos unís? Vamos a Bremen.

El gato contento dijo miau y hacía allá fueron.

Caminaron, caminaron y caminaron. Y encontraron un viejo gallo.

–¿Qué te pasa gallito? -preguntó el burro.

–Ya no canto por las mañanas cuando sale el sol. Estoy viejo prefiero, seguir durmiendo. Y antes de que mi dueño prepare una sopa con mis plumas, preferí salvarlas.

–A nosotros nos sucedió lo mismo -dijo el perro.

–¿Por qué no te nos unís? -propuso el gato-. ¡Vamos a Bremen, seremos músicos!

El gallo contento dijo quiquiriquí y hacia allá fueron.

Caminaron, caminaron, caminaron y caminaron. Aún les faltaba un trecho para llegar a Bremen y comenzó a oscurecer. Decidieron descansar en el bosque. Tenían sueño y muuuuuucho hambre.

El burro y el perro se echaron a dormir en el tronco de un árbol. El gato se acomodó en una rama y el gallo se ubicó en la punta de la copa.

Antes de dormirse, el gallo miró hacia el Norte, miró al Sur, miró al Este y cuando miró hacia el Oeste distinguió una luz. Entonces les contó a sus amigos:

–¡Veo, veo!

–¿Qué ves? -preguntó el gato.

–¡Una cosa!

–¿Qué cosa? -preguntó el perro.

–¡Maravillosa!

–Basta de tonterías y contanos de una vez gallito -rebuznó el burro.

–Maravillosa porque es una luz. Si hay luz, es una casa. Si es una casa, vive gente.

Si vive gente, hay comida.

Como los cuatro tenían más hambre que piojo de peluca, decidieron seguir la luz.

Efectivamente era una casa. Desde afuera oyeron voces, risotadas y sintieron un olor exquisito a comida.

El burro por ser el más alto se asomó a la ventana y les contó a sus amigos:

–¡Veo, veo!

–¿Qué ves? -preguntó el perro.

–¡Unas cosas!

–¿Qué cosas? -preguntó el gato.

–¡Deliciosas!

–¡Basta de tonterías y contanos de una vez, burrito! -cacareó el gallo.

–Deliciosas son las carnes, las hortalizas, las masas que están comiendo esos ladrones -explicó el burro.

–¿Y cómo sabés que son ladrones?

–Porque tienen sacos llenos de monedas y montones de billetes.



A los animales la plata no les interesaba, pero tenían hambre... Enseguida pensaron un plan. Ya que querían ser músicos, harían su primera presentación, cantarían a coro, seguro los aplaudirían y los invitarían a cenar con ellos.

Decidieron ponerlo en marcha. El burro que era el más alto se paró en dos patas sobre la ventana. El perro se subió al lomo del burro. El gato se trepó al perro. Por último, el gallo se posó sobre el gato y les dijo “no se muevan porque me voy a resbalar como piojo en cabeza de pelado”.